



Capítulo 333 - Último día en prisión (Parte I)

El cielo permaneció igual. Un techo de nubes eternamente grises, saturadas de azufre y electricidad que nunca se descargaban.

Era como si el propio infierno contuviera la respiración, esperando algo que finalmente hubiera despertado. El olor a hierro quemado, azufre y carne vieja todavía impregnaba cada rincón del Pabellón 9, pero había algo nuevo en el aire.

Algo denso. Invisible, pero innegable. El tipo de cosas que hacían que incluso los demonios más locos se callaran, tragaran fuerte y miraran por encima de sus hombros antes de escupir en el suelo. El tipo de cosa que olía a poder.

El silencio era nuevo. Y aterrador.

Los pasillos de la prisión, que antes vibraban con gritos animales, risas histéricas, blasfemias en lenguas muertas y apuestas sobre quién devoraría a quién hasta la siguiente ronda de tortura, ahora parecían los pasillos de una catedral. Una catedral impía y manchada de sangre donde acababa de ocurrir algo muy malo.

Y en el centro de todo... caminó Virgilio.

El mismo uniforme naranja, arrugado. Las mismas sandalias de goma, sucias de barro infernal y sangre seca. La misma expresión apática, como si cada centímetro del lugar no fuera más que una gran broma cósmica mal contada. Pero la forma en que los ojos lo seguían era diferente.





Las miradas que antes venían acompañadas de desafío y burla ahora venían acompañadas de reverencia nerviosa. Con miedo disfrazado de respeto—el tipo que uno tiene por las tormentas, los tiburones y las deidades inestables.

Los demonios que anteriormente lo habían mirado fijamente, escupiendo en el suelo y mostrando los dientes, ahora apartaron la mirada, bajaron la cabeza y murmuraron oraciones desesperadas a sus deidades torturadoras.

Otros, más instintivos, se alejaron apresuradamente, separando su espacio como el Mar Rojo ante un Moisés demoníaco— o, más precisamente, ante aquel al que ahora empezaban a llamar "El Rey del Infierno que camina entre los condenados"

El bruto del día anterior —ahora apodado humorísticamente por los demás como "El Asiento"— estaba en la sala médica, atado con cadenas arcanas, con los ojos bien abiertos y sudando ectoplasma puro.

Murmuró incoherentemente sobre la oscuridad, la presión y una voz demasiado suave para lo que le habían hecho. El otro, cuya cabeza había sido... reposicionada, estaba en coma. Los médicos demoníacos informaron que susurró palabras inconexas como "caliente", "tan repugnante" y "sonrió... sonrió antes" Nadie se rió. No aquí.

Virgilio no había ganado fama. Él había trascendido. De prisionero ignorado y subestimado, se había convertido en una leyenda viviente en una noche. La encarnación de lo que sucede cuando el frío absoluto se mezcla con un poder que no debe ser contenido.]

Pasando por el Refectorio...

El comedor del Pabellón 9 era un infierno en sí mismo—un microcosmos dentro del macrocosmos. Era donde las criaturas se alimentaban, luchaban, mataban





para obtener mejores porciones y jugaban por órganos en juegos de dados que usaban almas corruptas como fichas. Fue un pandemonio de sonidos, olores y amenazas constantes. Incluso hoy.

Cuando Virgilio cruzó el umbral de la cafetería, el caos se calmó.

El sonido de las bandejas se detuvo. Los rugidos se silenciaron. La risa grotesca fue tragada como veneno. Los ojos, que siempre buscaban algo que provocar, bajaron o apartaron la mirada como si mirar a ese hombre invitara a la muerte misma a una charla informal.

Virgilio caminó con la misma calma de siempre. Postura recta, pasos firmes, mirada vacía — como si estuviera cruzando un campo de flores, y no uno de los puntos más peligrosos del infierno. Llegó al mostrador. El cocinero, una criatura con garras en lugar de ojos y dientes en lugar de manos, a quien le encantaba hacer chistes sádicos sobre las comidas de los prisioneros, simplemente empujaba la mejor bandeja, sin emitir ningún sonido. No es broma. Sin provocación. Sólo servidumbre silenciosa.



Con la comida en la mano, Virgilio caminó hacia la mesa central —la que siempre fue causa de peleas, derramamiento de sangre y disputas territoriales— y se sentó allí. Solo. No por falta de compañía. Pero porque nadie se atrevió a ocupar el mismo espacio que él.

A su alrededor surgieron susurros, muy bajos, como oraciones desesperadas:

"Le habló a la Sombra misma..."

Dicen que las runas de la prisión se realinearon cuando perdió la paciencia

"¿Qué es él, después de todo?"



"No lo sé. Pero sé que ni siquiera Lucifer sonríe así."

Después de la cafetería, regresó al Ala de Máxima Seguridad, donde era el único.

Incluso entre los guardias —criaturas insensibles, entrenadas para resistir amenazas, torturas y tentaciones— el nombre de Virgilio ya era pronunciado con cautela. Reverencia. Quizás superstición.

Ya no se acercaron a su celda.

Las comidas se dejaban en la puerta, a toda prisa. Sin contacto visual. Sin palabras. Sólo un gesto rápido y la esperanza de salir de allí con el alma intacta.

Uno de los guardias, veterano de mil guerras entre aviones, susurró a un recién llegado, con los ojos perdidos:

"Él ya no es un prisionero. Es un trono que ha decidido sentarse allí... por puro aburrimiento."

... Y así pasaron unas horas...

La celda de Virgilio era sencilla. No había lujo, ni encanto especial, ni trono simbólico. Era sólo piedra, rejas y una cama demasiado delgada para cualquier comodidad. Pero por dentro el aire era diferente. Más frío. Más denso. Como si el espacio obedeciera a otro tipo de gravedad — una curvatura invisible alrededor de una presencia que no debería estar allí.





Estaba sentado, como siempre, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Meditando, quizás. O simplemente fingir meditar para evitar conversaciones estúpidas. La bandeja del desayuno —carne de dudoso origen y algo que alguna vez pudo haber sido café— estaba intacta en un rincón.

Entonces los pasos se acercaron.

No barajar. No apresurado. Pero calculado, como si quien viniera supiera que cada centímetro entre él y Virgilio era un campo minado espiritual. Cuando se abrió la puerta de la celda, no fue con un estallido. No hubo explosión de poder ni sonido de runas rompiéndose. Sólo un clic bajo y respetuoso.

En la entrada se encontraba un guardia con armadura oscura, con el rostro cubierto por una máscara donde una sola runa pulsaba de rojo. Había algo rígido en su postura. No el miedo a los débiles—sino el respeto de quienes saben lo que les espera.

—Ven, Señor Lucifer... has sido liberado Virgilio abrió los ojos. Púrpura. Helado. Como dos cuchillas esperando una razón.

No dijo nada de inmediato. Él simplemente se quedó de pie. Sin prisas. Unceremoniously. Como si todo esto fuera inevitable.

El guardia dudó. No era la primera vez que hacía este trabajo—escortar criaturas liberadas por órdenes superiores. Pero nunca había usado ese título para nadie. "Señor Lucifer" no era algo que se dijera a la ligera... hablar Lucifer estaba casi prohibido en el infierno, y este hombre había adoptado su nombre sin ninguna ligereza. No fue una reverencia—fue casi una blasfemia. Y, sin embargo, era la única manera que podían encontrar de reconocerlo ahora.





"¿Y por qué esta amabilidad? Relájate", preguntó Virgilio, finalmente con voz relajada, baja y divertida.

"Amón te mandó llamar personalmente. Dijo que "un rey no debe ser mantenido en jaulas hechas para bestias" Y que "es hora de hablar"

Virgilio arqueó una ceja. Nada más. No parecía sorprendido—sólo aburrido.

"Por supuesto." Entró por la puerta sin mirar al guardia. "Veamos qué tiene que decirle el viejo rey al nuevo"

"Vamos ver o que o velho rei tem a dizer para o novo"

